

LA ENCRUCIJADA DEL PENSAMIENTO PROGRESISTA

Theotonio dos Santos

RESUMEN

Este artículo analiza el proceso del triunfo del neoliberalismo en la doctrina económica, fundamentalmente en América Latina, y el comienzo del desmoronamiento de este “vasto complejo” que representa la hegemonía del neoliberalismo.

Ante esta situación, el pensamiento progresista necesita presentar con prontitud una respuesta articulada; tanto en el plano filosófico, como en el económico o político. Sólo así podremos iluminar la encrucijada en que nos encontramos.

Palabras clave: neoliberalismo, pensamiento progresista, doctrina económica, capital financiero, agenda política.

ABSTRACT

This article analyzes the process of victory of the neoliberalism in the economic doctrine, fundamentally in Latin America, and the beginning of the destruction of this “big complex” which represents the superiority of the neoliberalism.

Above this situation, the progressive thinking needs to make urgently an articulated answer. It can be the philosophical way, like the economic and the political. Just like that, we'll can light the crossroad in which we are.

Key words: neoliberalism, progressive thinking, economic doctrine, financial capital, political notebook.

La disolución del bloque monolítico que representó el pensamiento único en las décadas de 1980 y 1990 está llegando a su punto crítico. Sin embargo, el cadáver se encuentra insepulto. No está claro aún quiénes serán los encargados de enterrarlo. La tarea es mucho más compleja de lo que parece: se trata de un fenómeno muy complejo que presenta demasiadas encrucijadas.

En primer lugar, el triunfo del neoliberalismo en la doctrina económica fue resultado del largo proceso de desaceleración económica iniciado en 1966-1967, cuando Estados Unidos buscó mantener su crecimiento económico a través de una nueva ola de gastos militares que se concentraron en la guerra de Vietnam.

Esto ocurrió en un momento en que los gastos públicos saltaban hacia un nuevo nivel, como consecuencia del auge de los gastos con el llamado Estado de bienestar, consecuencia, a su vez, de la campaña de Lyndon Johnson por la Gran Sociedad, que pretendía eliminar la pobreza en Estados Unidos.

La tensión generada por los nuevos gastos de guerra chocó con la movilización de contenido social y su ideario. Mientras tanto, el aumento de los gastos públicos continuó presionando a Estados Unidos a incrementar sus importaciones, al mismo tiempo que crecían cada vez más los gastos en el exterior. El déficit del balance de pagos se hizo más serio con la llegada del déficit comercial en 1969, afianzándose definitivamente en la nueva fase de vida del imperio estadounidense. Desde entonces, este desequilibrio básico de las cuentas externas de Estados Unidos ha seguido creciendo, preparando una nueva era de desequilibrios en la economía mundial.

Es importante comprender que, en aquel momento, se agotaban los mecanismos fundamentales del crecimiento económico que se desarrollaron durante los años de ascenso económico, iniciado después de la Segunda Guerra Mundial. Estos mecanismos estuvieron asociados al triunfo de las ideas de Keynes en la ciencia económica, que sirvieron de base teórica para una nueva fase del pensamiento liberal, la cual se liberaba de la noción de equilibrio general como centro de la mecánica económica y rompía con algunos principios fundamentales del liberalismo, como el patrón oro y el equilibrio fiscal.

Asimismo, el auge de las luchas sociales en la posguerra, después de años de graves confrontaciones, iniciadas en 1917 con la Revolución rusa, no dejaba espacio para el libre mercado que, según Keynes, no permitía el pleno empleo que se convertía en el objetivo fundamental de las políticas económicas. La caída del crecimiento económico en el nuevo periodo de la economía mundial propició el retorno del desempleo. Al mismo tiempo, el aumento de la deuda pública, exacerbado por la aventura militar, ejercía fuertes presiones inflacionarias. La combinación de inflación y caída del crecimiento dio origen al fenómeno de la estagflación, que desafió la ortodoxia económica de base keynesiana.

Este fue el momento adecuado para la entrada en escena del pensamiento que en América Latina llamamos neoliberal y que corresponde, de hecho, a una visión neoconservadora, como lo ven los estadounidenses y los europeos. La implantación del neoliberalismo comienza con la entrega de la política económica del gobierno fascista del general Augusto Pinochet a los llamados “Chicago boys”.

Este desmoralizado grupo de pensadores ultraliberales se reunía desde 1945 en la Universidad de Chicago en los encuentros anuales de Mont Pellerin. Entre ellos se destacó el monetarista radical Milton Friedman, quien proponía una política anti-inflacionaria de base monetarista, que siempre contó con buena disposición del Fondo Monetario Internacional.

No debe causar espanto el vínculo del ultraliberalismo con el fascismo. Todos los jefes fascistas importantes se consolidaron en el poder a través de políticas de estabilización monetaria, seguidas de periodos significativos de crecimiento económico moderado o simple estagnación de la renta nacional.

Un ejemplo significativo de esta ligazón entre el ultraliberalismo y el fascismo se encuentra en el artículo de Gustavo Franco, al presentar el libro del ministro de las finanzas de Hitler, Hjalmar Schacht, *Setenta y seis años de mi vida*, publicado en portugués por Editora 34. Bajo el subtítulo de “La autobiografía del mago de la economía alemana de la República de Weimar al III Reich”, encontramos una presentación general del libro realizada por el representante de Brasil en el Consejo del Fondo Monetario Internacional, Alexandre Kafta; una presentación política por Bolívar Lamounier y finalmente la presentación económica por aquel que se considera el verdadero autor del plan real y que fue el presidente del Banco Central en buena parte del gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Aprendemos con el “teórico” del plan real que “las ideas de Schacht eran buenas, pero estaban adelantadas a su tiempo”. Y sabemos también que su libro es “una sucesión de clases impartidas por un maestro en un escenario que cubre los principales eventos del siglo XX”. Como se ve, el plan real de Brasil también tiene sus deudas con el pensamiento económico parafascista.

No es, pues, absurda la constatación de Joseph E. Stiglitz en lo referente al Fondo Monetario Internacional. En su libro *Globalization and its Discontents* afirma: “La extensión de las condiciones significa que los países que aceptan la ayuda del Fondo tienen que ceder una gran parte de su soberanía económica. Algunas de las objeciones a los programas del FMI se basan en esto y el consecuente daño a la democracia: en otros casos se basan en el hecho de que las condiciones exigidas no logran (o no buscan) restaurar la salud económica”.

Esta relación entre el pensamiento único, el ultraneoliberalismo y el totalitarismo no constituye algo nuevo, como vimos, pero ha sido puesta en segundo plano en

los últimos años. Tampoco debemos olvidar la relación estrecha entre el gobierno de Nixon y el golpe de Estado en Chile en 1973; lo mismo podemos afirmar del periodo Reagan o de las relaciones tan estrechas entre la señora Thatcher y Pinochet. En realidad, fueron los gobiernos de Reagan, Thatcher y Kohl los que asumieron oficialmente la perspectiva neoliberal en toda su extensión. Estos gobiernos se desempeñaron en el periodo más difícil de la crisis de largo plazo, iniciada en 1967, endurecida en 1973-1975, retornada en 1978-1981, combatida en nombre del neoliberalismo entre 1983 y 1987, con algunos resultados generales, luego comprometidos en la crisis de octubre de 1987 que inicia la decadencia del pensamiento único en Estados Unidos, con el gobierno de Clinton, llegando parcialmente a Europa con la "onda rosa" de las victorias socialdemócrata y socialista, y siempre muy fuerte en América Latina y en las zonas ex coloniales.

Si vinculamos el ascenso del pensamiento único con el fascismo y otras formas de autoritarismo, como la tecnocracia internacional y los gobiernos conservadores, podemos también relacionarlo con una tendencia del pensamiento filosófico hacia un formalismo que tendió a ser hegemónico en las décadas de 1980 y 1990. El estructuralismo filosófico abrió camino hacia este desprecio a la historia que se consolidó en la fuerza de las propuestas posmodernas.

Fue típico de esta fase el intento de revalorizar los periodos históricos prerevolucionarios y de descalificar los periodos revolucionarios. Es así como se desarrolla una interpretación extremadamente conservadora de la Revolución francesa en la conmemoración de sus 200 años; se busca desmoralizar totalmente la Revolución rusa; y, finalmente, el gobierno de Salinas en México busca descalificar la Revolución Mexicana y valorizar el periodo del dictador Porfirio Díaz.

En el plano de la teoría del conocimiento se debe resaltar también la hegemonía de las tendencias neokantianas en las ciencias sociales, que habían ganado ya mucha fuerza en los años cincuenta. Entre sus exponentes principales está Karl Popper, quien frecuentó las reuniones de Mont Pellerin desde el comienzo. Con el fortalecimiento del estructuralismo, dichas tendencias se hicieron definitivamente dominantes, y se inclinaron a presentarse como la única forma de conocimiento científico.

De este análisis muy general podemos concluir que el fenómeno del pensamiento único estuvo ubicado en el contexto de un proceso múltiple y complejo. En el plano económico responde a las dificultades sociales generadas por un largo periodo de recesiones o de disminución del crecimiento, con el aumento de las tasas de desempleo y el debilitamiento de las condiciones de lucha de los trabajadores en general.

Asimismo, en el plano económico hay una fractura de las actividades de planeación y una hegemonía creciente del sector financiero, que se fortalece frente a las dificultades de inversiones directas con altas tasas de ganancia.

Las cuentas públicas se ven afectadas por el crecimiento del déficit fiscal, agravado dramáticamente por el aumento de las tasas de intereses, que se convierten en uno de los principales rubros de los gastos públicos. Con la recesión aumenta también la población desempleada, decae la fuerza de los sindicatos y aumentan los gastos del Estado para la asistencia a los trabajadores desempleados y otros gastos sociales.

Todos estos fenómenos vigorizan a las fuerzas conservadoras y en algunos casos hasta las tendencias reaccionarias que pretenden empujar la historia hacia atrás. Es una condición para el pleno desarrollo de estas tendencias el abandono de la historia como una referencia evolutiva de la humanidad. Como no hay acumulación en la coyuntura de la economía, se considera que no hay acumulación en todas las dimensiones de la historia.

Cuando se recurre a la historia es para asumir su fin, como lo hizo con gran éxito Fukuyama en 1980, con su célebre artículo, luego convertido en libro con un enorme aparato publicitario.

Como se ve, en el plano político, la aventura neoliberal tuvo también su refuerzo en la vuelta al poder de los partidos conservadores y su proyección sobre la agenda política de los años ochenta y noventa.

Falta por analizar el vínculo estrecho de estos cambios generales con el manejo de los aparatos ideológicos. Las ideologías se volcaron hacia los medios de comunicación y transformaron estas ideas en fuerzas materiales indiscutibles. Esto ayudó a producir un terror ideológico muy evidente que impide, hasta nuestros días, la superación de estas ideas arcaicas en la vida contemporánea.

Estamos así en el comienzo de un amplio desmoronamiento de este vasto complejo que representa la hegemonía del neoliberalismo y necesitamos concretar urgentemente una respuesta articulada a este gran embuste; ya sea en el plano filosófico, como en el económico o político. Sólo así podremos iluminar la encrucijada en que nos encontramos.

La tendencia actual a la recuperación del crecimiento económico internacional continuará, a pesar de que la crisis financiera y el desempleo estructural limiten seriamente su amplitud y alcance.

En realidad, a pesar de las sucesivas crisis financieras, los países del llamado Tercer Mundo (entre los cuales se incluye China, a pesar de su crecimiento económico espectacular) han obtenido un gran excedente financiero a partir de los auges de precios de las *commodities* desde 2002 hasta 2007. El aumento de la demanda china en el mercado mundial fue responsable, en gran parte, de esta alza de precios, pero existen otros factores importantes que no destacaremos aquí. En los últimos siete años, el crecimiento de los países del Tercer Mundo supera en mucho el de los países centrales del sistema económico mundial. En consecuencia, los países

del llamado Tercer Mundo son hoy los únicos (con la excepción del Japón entre los desarrollados) en poseer reservas externas significativas. Por el contrario, los países centrales tienden al endeudamiento, sobre todo Estados Unidos.

¿Cómo se explica esta desigualdad o desequilibrio? Los países desarrollados, con estructuras e infraestructuras montadas hace muchos años, encuentran limitaciones para sus inversiones. Sus tasas de ganancias y de interés son muy bajas y, a pesar de presentar enormes masas de inversión, no atraen las grandes reservas del capital que abandonaron el mercado financiero, en quiebra desde 1989 (de hecho, desde 1987). La estructura del sistema financiero mundial sólo se ha mantenido, a pesar de su volatilidad espectacular, gracias a la intervención de los bancos centrales de los países desarrollados y a la consecuente recuperación del mercado accionario, sobre todo estadounidense, que se recuperó rápidamente de la crisis asiática, entrando sin embargo en la rueda de volatilidad e inseguridad que caracteriza al sistema financiero mundial cada vez más especulativo.

Es fácil entender de qué manera los países que se mantuvieron con altas tasas de crecimiento con inversiones en infraestructura, en desarrollo industrial y agroindustrial, en turismo y otros servicios —como China Popular, los Tigres Asiáticos y los nuevos tigres— pudieron absorber enormes masas de inversión directa a bajo precio y sin mayores exigencias. Pese a que su programa de inversiones está sustentado sobre todo en sus ahorros internos, básicamente estatales, estos países atrajeron masas de capital internacional realmente espectaculares para la inversión directa. Algunos de ellos (como Malasia, Corea del Sur y Chile) establecieron incluso severos límites a la entrada de *hot money* y al capital especulativo en general. Asimismo, Corea del Sur se enfrentó a una crisis de pago en 1998 porque abandonó las limitaciones a la entrada de capitales de corto plazo.

Cualquiera que lea con atención el libro de Giovanni Arrighi, *El largo siglo xx*, hallará en estos hechos un ejemplo de su tesis (inspirada en Fernand Braudel) de que los nuevos ciclos sistémicos de acumulación mundial se caracterizan por amplias transferencias de capital financiero de las antiguas zonas hegemónicas a las emergentes.

Esto se explica por la disminución de las oportunidades de inversiones lucrativas en los mismos sectores que generaron el auge de estas zonas, mientras surgen nuevas oportunidades de inversión en áreas semiperiféricas o cercanas al centro hegemónico, pero no partícipes del mismo. Arrighi nos muestra cómo ocurren estos fenómenos en la formación de los excedentes financieros de las ciudades-Estado del Adriático y del centro de Europa en los siglos *xiv* y *xv*, cuando el grupo genovés reubica sus excedentes para financiar la expansión territorial ibérica en los siglos *xvi* y *xvii* (particularmente el Imperio español). Por su parte, Holanda absorberá en los si-

glos xvii y xviii gran parte de la riqueza acumulada por los Borgia, además de saquear directamente los barcos españoles. Pero también en ese mismo periodo transferirá gran parte de su acumulación de capital para financiar el ascenso de la Inglaterra industrializada. A su vez, Inglaterra será una de las financiadoras de la espectacular expansión norteamericana a finales del siglo xix y comienzos del xx. Finalmente, el déficit comercial estadounidense es en la actualidad uno de los financiadores de los superávits financieros japonés y chino.

Brasil y gran parte de los países latinoamericanos se dejan seducir por las facilidades de la importación de capital financiero y las altas tasas de interés. El capital de corto plazo no entra en el país, pues conserva su derecho de salida junto con los enormes excedentes logrados con las tasas de interés obtenidas. En consecuencia, se hacen inviables las actividades productivas de estos países, que reducen a sus Estados a la impotencia por medio del recorte de gastos de inversiones y sociales para pagar altos intereses, injustificables en un presupuesto operativo superavitario hace ya varios años. Los superávits primarios han sido usados para pagar altos intereses, en nombre única y exclusivamente de la contención del consumo, para evitar una inflación que no existe, así como de la atracción de capitales internacionales.

La evolución de la situación es conocida: se buscó compensar los déficits comerciales de la década de 1990, surgidos como consecuencia de la sobrevalorización de las monedas latinoamericanas, con aumento de las tasas de interés para atraer los capitales internacionales. El resultado fue el incremento del pago de intereses de la deuda y otros compromisos, como las remesas de ganancias. Se intentó atraer más capitales exteriores con nuevas privatizaciones; sin embargo, ésta y otras fuentes depredatorias de ingresos públicos terminaron por plantear la necesidad de devaluar las monedas y de retomar las exportaciones.

El retorno de las exportaciones abrió camino a los superávits comerciales de los primeros años del nuevo siglo. La formación de las reservas crecientes está aún en marcha, pero no se ha hallado todavía un camino masivo para protegerlas. Se encuentran en dólares, moneda volátil con tendencia a la caída, así como a convivir con los bajos intereses internacionales. Los economistas neoliberales continúan insistiendo en atraer estos dólares en inversiones de corto plazo a altos intereses. Esta política suicida se enfrenta a una reacción de los sectores más conscientes de la región que llaman a la creación del Banco del Sur y a la formación de fondos soberanos, que permitan utilizar esta espectacular masa de recursos paralizados en monedas en desvalorización. Como se ve, la herencia neoliberal sigue activa, apoyada en los bancos centrales, protegidos por la doctrina de la independencia. Independencia de la política, es decir, de la democracia y de la desmoralización de su base doctrinaria y filosófica.

Bibliografía

- Arrighi, Giovanni (1999), *El largo siglo xx*, Madrid: Akal.
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
- Schacht, Hjalmar (s/f), *Setenta y seis años de mi vida*, Brasil: Editora 34, pp. 640.
- Stiglitz, Joseph (2002), *Globalization and its Discontents*, New York: Norton.